

Si entrar en una muestra de arte implica adentrarnos en una ficción, entrar en una muestra de Marisa Rubio nos ubica en la entrada de ese portal. Ni un paso adelante ni uno atrás.

Marisa desdibuja esos límites que llamamos ficción y realidad para generar un escenario nuevo, otro suelo, uno más flexible, parecido a pisar la arena mojada dentro del mar.

En su última muestra “La conciencia a la merced de las corrientes del aire” otra vez me costó asimilar dónde empezaba y terminaba la obra. Me anoté en la lista para entrar a la muestra ya que se ingresaba de a uno. Una situación social de conversación entre amigas y conocidas se convirtió gradualmente en una situación ávida e irrisoria para gente ansiosa como yo. Lo que tiene la espera y la ansiedad es que un pensamiento pequeño va tomando una forma y tamaño cada vez más grande en el cuerpo hasta ocuparlo casi entero.

Después de hora y media entré en la pequeña sala con una linterna para ver las obras diminutas de Marisa que estaban dispuestas en dos salas oscuras, unas bailarinas hechas con papel metalizado y unos dibujos muy simples de unos pocos centímetros. El primero que se me viene a la mente es una silueta de una personita ahorcándose o a punto de hacerlo. Para mi sorpresa detrás de una cortina hay otra sala más. Al atravesarla me encuentro con gemelas, dos chicas idénticas, vestidas iguales que hablan verborragicamente. Me ofrecen una carta que la cambio por un trago a un barman que está al costado con una máscara. Tomo el trago y me uno a la conversación, no sé como pero de repente me encuentro hablando del lugar donde nací y compartiendo opiniones sobre las obras de Emilio Petorutti y Raquel Forner con ellas. Me termino el trago y salgo de la sala. Antes de irme le pregunto cómo va el proyecto del barco.

Marisa Rubio me hace acordar a un texto de Gumier y a un poema de Liliana Maresca que dicen prácticamente lo mismo: El amor, el arte, lo sagrado, no tiene pretensiones, son fugaces, aparecen donde no se los nombra, se diluyen.

Ro